

cien pies de elevacion, uno de los cuales sostiene á Jerusalem y otro la cima del monte de los Olivos; las murallas de Jerusalem, desmoronándose, llenarian la mayor parte de él; ningun desfiladero tiene en él su embocadura; el Cedron, que sale de la tierra à algunos pasos encima del valle, no es mas que un torrente formado en invierno por las lluvias que chorrean de algunos prados de olivos, debajo de las sepulturas de los reyes, y le cruza un puente en mitad del valle, en frente de una de las puertas de Jerusalem; tiene algunos pasos de anchura, y el valle, en aquel punto, no es mas ancho que su rio. Aquel rio, sin agua, traza solamente un rápido cauce de guijarros blancos, en el fondo de aquella hondonada: el valle de Josafat, en una palabra, se parece en un todo, á uno de esos fosos abiertos al pié de las altas fortificaciones de una gran poblacion, adonde el basurero de la ciudad arrastra en invierno sus inmundicias, donde algunos pobres vecinos de los arrabales disputan un rincon de tierra á las fortificaciones para cultivar algunas verduras, y donde las cabras y los burros abandonados van á pastar, en las pendientes escarpadas, la yerba marchita por la basura y el polvo. Supongamos el suelo sembrado de losas sepulcrales pertenecientes à todos los cultos del mundo y tendremos à la vista el valle del Juicio.

La misma fecha.

Hé aquí la fuente de Siloé, el único manantial del valle; el manantial inspirador de los reyes y de los profetas; no sé como á tantos viajeros les ha sido difícil describirla, y como pueden disputar todavía sobre el lugar que ocupaba. Aquí está toda llena de agua límpida y sabrosa, derramando su frescura en este aire abrasado y polvoroso del valle labrada al cabo de veinte escalones en la peña cuya cima sostenia el palacio de David, con su bóveda de grandes piedras, alisadas por los siglos, y entapizadas en sus juntas de húmedos musgos y eterna yedra. Las gradas de sus escaleras, desgastadas por el pié de las mugeres que acuden de la aldea de Siloé à llenar en ella sus cántaros, están relucientes como mármol. — Bajo à ella; me siento un momento en sus frescas losas; escucho para conservarle en la memoria, el leve rumor del manantial; lavo mis manos y mi frente en sus aguas; repito los versos de Milton para invocar, à mi vez, sus inspiraciones hace tanto tiempo mudas — este es el único sitio de las cercanías de Jerusalem donde el viajero halla agua para apagar su sed, y alguna verdura en que reclinar su frente. Algunos pequeños huertos, plantados de granados

y arbustos por los árabes de Siloé, estienden en derredor de la fuente un ramillete de verdura pálida, que aquella riega con lo sobrante de sus aguas. Allí acaba el valle de Josafat. Mas abajo, una pequeña llanura en suave declive dilata las miradas hasta las anchas y profundas gargantas de las montañas volcánicas de Jericó y de San-Saba, y el mar Muerto limita el horizonte.

Orillas del Jordan, mas allá de la llanura de Jericó, á algunas leguas del desembocadero del rio en el mar Muerto.

Salí de Jerusalem ayer, 30 de Octubre, á las siete de la mañana, con toda mi caravana,—seis soldados de Ibrahim-Bajá, el sobrino de Abugosh y cuatro ginetes de este caudillo, á mas de ocho ginetes árabes de Naplusa, enviados por el gobernador de Jerusalem. Hemos dado la vuelta á la ciudad, bajado al fondo del valle de Josafat, subido al monte de los Olivos, dejado á la derecha el *Mons offensionis*, atravesando, en su estremidad meridional, la cordillera que forma la continuacion de los montes de los Olivos, y luego que llegamos á la aldea de Betulia, poblada todavía por algunas familias árabes, reconocemos en ella los restos de un monumento cristiano. En el pueblo hay un buen manantial. Un árabe saca agua por espacio de una

hora para abreviar nuestros caballos y llenar nuestras jarras suspendidas de las sillas de nuestros mulos:—ya no se encuentra agua hasta Jericó, diez ó doce horas de marcha.

Salimos de Betulia á las cuatro de la tarde.— Bajada de dos horas por un camino ancho y de pendientes dispuestas artificialmente, labradas en las laderas perpendiculares de las montañas que se suceden sin interrupcion:—este es el único rastro de un camino que he visto en Oriente:—era el camino de Jericó y de las fértiles llanuras regadas por el Jordan: conducia á las posesiones de las tribus de Israel, á quienes habia tocado en heredamiento toda la corriente de este rio y la llanura de Tiberiades hasta las cercanías de Tiro y el pié del Líbano: conducia á Arabia, á Mesopotamia, y por allí á la Persia y las Indias, países con los cuales Salomon habia establecido sus grandes relaciones mercantiles. El fué, sin duda, quien creó este camino. Por estos valles fué tambien por donde pasó el pueblo judío, por primera vez, cuando bajó de la Arabia Petrea; atravesó el Jordan, y fué á apoderarse de su herencia. En saliendo de Betulia, ya no se encuentran ni casas, ni cultivo; las montañas están completamente despojadas de vegetacion: todas son rocas ó polvo de rocas que el viento sacude á su arbitrio; un matiz de ceniza negruzca cubre, como una fúnebre mortaja, toda aquella tierra. De trecho en trecho las montañas

se tajan en gargantas angostas y profundas,—abis-  
mos á que ningun sendero conduce, donde el ojo  
no ve mas que la eterna repeticion de las mismas  
escenas que le rodean. Casi todas estas montañas  
tienen la apariencia volcánica; las piedras arrastra-  
das sobre sus laderas ó sobre el camino, por las  
aguas de invierno, parecen pedazos de lava endure-  
cida y rajada por los siglos: hasta se ve aquí y allí,  
en las lontananzas, sobre algunos grupos de coli-  
nas, aquella ligera tinta amarillenta y sulfurosa  
que se distingue sobre el Vesuvio ó sobre el Etna.  
Es imposible resistir mucho tiempo á la impre-  
sion de tristeza y de horror que inspira aquel pai-  
sage: es una opresion del pecho y una afliccion de  
los ojos.

Cuando está uno en la cima de una de las mon-  
tañas, y se abre un instante el horizonte á la mi-  
rada, no se ven, en cuanto alcanza la vista, mas  
que cordilleras negruzcas, cimas cónicas ó trunca-  
das, amontonadas unas sobre otras y desprendién-  
dose del crudo azul del firmamento; es un laberin-  
to sin límites, de calles, de montañas de todas for-  
mas, desgarradas, hendidas en gigantescos pedazos,  
añadidas unas á otras por cordilleras de collados  
semejantes, con barrancos sin fondo, donde se es-  
pera oír á lo ménos el estruendo de un torrente,  
pero donde nada se mueve; sin que se pueda descu-  
brir un árbol, una yerba, una flor, un muzgo; rui-  
nas de un mundo calcinado, ebullicion de una tier-

ra ardiendo, cuyos hervores petrificados han for-  
mado estas olas de tierra y de piedra. A las seis  
encontramos, en el fondo de un barranco, las ta-  
pias de un mercado arruinado y un manantial pro-  
tegido por una pequeña pared adornada con sen-  
tencias del Coran. El manantial no vierte mas  
que gota á gota su lluvia en el pilon de piedra;  
en vano nuestros árabes arriman á él sus labios;  
hacemos descansar un momento á nuestros caba-  
llos á la sombra del mercado; hemos bajado tanto  
tiempo, que nos creemos al nivel de la llanura de  
Jericó y del mar Muerto; nos ponemos de nuev  
en camino, rendidos ya del calor y del cansancio  
del dia; nuestros ginetes árabes nos lisongean con  
la esperanza de que en pocas horas estaremos en  
Jericó; sin embargo el sol declina por minutos, y  
el crepúsculo añade su horror al de las gargantas  
en que nos hallamos. Al cabo de una hora de mar-  
cha por el fondo de este valle, todavía nos halla-  
mos en las escarpadas laderas de una nueva cor-  
dillera que nos parece por fin la última antes de la  
bajada á la llanura de Jericó; la noche nos oculta  
enteramente el horizonte; solo tenemos bastante  
luz para distinguir á nuestros piés los precipicios  
sin fondo adonde nos haria despeñarnos el menor  
resbalon de nuestros caballos; nuestras cántaras  
están apuradas; uno de los samaritanos dice á nues-  
tro dragoman que conoce una fuente en las cerca-  
nías; nos decidimos á hacer alto donde estamos, si

en efecto puede hallarse un poco de agua; al cabo de media hora de espera, vuelve el samaritano diciendo que no ha podido encontrar la fuente; nos faltan cuatro horas de camino; colocamos á los árabes de Naplusa al frente de la caravana; cada ginete tiene orden de seguir paso á paso al que le precede, sin perder sus huellas; el mas profundo silencio reina en toda la compañía; la noche es tan oscura que no podemos divisar la cabeza de nuestros caballos; cada cual sigue á su delantero por el ruido de las pisadas; á cada instante la caravana entera se para porque los primeros ginetes sondean el sendero por miedo de precipitarnos en el abismo; todos nos apeamos para mayor seguridad; veinte veces tenemos que pararnos á los gritos que salen de la cabeza ó de la cola de la caravana;—ya rueda un caballo; ya se cae un hombre; muchas veces estamos á punto de pararnos enteramente y de aguardar, inmóviles en donde nos hallamos, á que pase aquella larga y profunda noche; pero la cabeza anda, y es preciso andar; al cabo de tres horas de semejante angustia oímos gran gritería y tiros á la cabeza de la caravana: creemos que nos atacan los árabes de Jericó; todos nos preparamos á hacer fuego á bulto; pero de boca en boca sabemos que todo se reduce á que los naplusianos gritan de alegría y disparan sus escopetas porque hemos salido del mal paso; sentimos en efecto allanarse un poco el camino bajo nuestros piés; vuelvo

á montar á caballo; mi potro árabe, olfateando el agua en las cercanías, se alborota, y en la lucha se precipita conmigo en un barranco; nadie lo echa de ver, tal es la oscuridad; no suelto la brida, y afirmando en la silla, abandono al bruto á su instinto, sin saber si estoy sobre una cornisa, ó en el fondo de un barranco abierto en el llano; lánzase á galope y no se para hasta llegar á las orillas de un arroyo ancho, poco profundo y rodeado de arbustos espinosos; miéntras bebe, oigo á mi izquierda los gritos y los pistoletazos de los árabes, que acaban de notar mi desaparicion y me buscan por el llano; veo brillar una hoguera por entre los arbustos, lanzo mi caballo en aquella direccion, y á los pocos minutos me hallo á la puerta de mi tienda, plantada á la márgen de aquel mismo arroyo:—Eran las doce de la noche: comimos un pedazo de pan empapado en el agua y nos dormimos sin saber donde estábamos, y no comprendiendo por qué prodigio habíamos pasado de repente de aquella soledad sin sombra y sin agua, á las orillas de un arroyo que, á la luz de nuestras hachas y de la hoguera de los árabes, nos aparecía como un arroyo de los Alpes, con su cortina de sauces y sus ramilletes de juncos y berros.

Si el Tasso hubiera tenido, como quiere M. Chateaubriand, la inspiracion de los sitios al escribir la *Jerusalen Libertada*, (y confieso que, aunque muy

admirador del Taso, no es este el punto en que yo le elogiaria, porque es imposible haber comprendido ménos los sitios y faltado mas á la verdad de las costumbres,—pero ¿qué importan los sitios y las costumbres?—La poesía no está ahí, está en el corazon;) si hubiera tenido esa inspiracion, sin duda hubiera hecho llegar á la orilla de este arroyo à Herminia huyendo en su corcel abandonado á su impetu, y encontrar à aquel pastor, arcadio, y no árabe, de quien nos hace una descripcion tan hechicera.

Despertámonos, como ella, á los trinos de mil pajarillos volando por las ramas de los árboles, y al murmullo del agua, en su cauce de chinitas; salimos de las tiendas para reconocer el sitio adonde nos habia echado la noche. Las montañas de Judea, que cruzamos la víspera, quedaban al oriente à cosa de una legua de nuestro campamento; su cordillera, siempre estéril y dentada, se estendia hasta perderse de vista al Mediodia y al norte, y de distancia en distancia veiamos vastos desfiladeros que desembocaban en la llanura, y de donde salian bocanadas de vapores nocturnos como anchos rios, y se derramaban en sábanas de nieblas sobre las ondulosas arenas de las márgenes del lago Asaltito. Al Occidente, un ancho desierto de arena nos separaba de las orillas del Jordan, que no podiamos discernir,—del mar Muerto y de las azules montañas de la Arabia Petrea. Aquellas mon-

tañas, vistas à aquella hora y á aquella distancia, nos parecian, por el juego de las sombras en sus grupas y en sus valles, cubiertas de inmensos bosques; los barrancos blanquecinos que las surean, imitaban, á punto de equivocarse, la caida y el brillo de las aguas de una cascada; pero todo era ilusion; cuando me acerqué, reconocí que solo presentaban, en grande, el mismo aspecto estéril y pelado de las montañas de la Judea. Al rededor nuestro, todo aparecia risueño y fresco, aunque inculto; el agua lo anima todo, hasta el desierto; y los ligeros arbustos que se veian derramados, como bosquecillos artificiales, en grupos de dos ó tres en sus orillas, nos recordaban los mas dulces sitios de la patria. Montamos à caballo; no debiamos estar mas que à una hora de Jericó, pero no veiamos ni tapias, ni humo en el llano; y no sabiamos adonde dirigirnos, cuando unos treinta ginetes beduinos, montados en soberbios caballos, desembocaron entre dos collados de arena y se acercaron á nosotros caracoleando:—eran el jeque y los principales vecinos de Jericó que, noticiosos de nuestra llegada por un árabe del gobernador de Jerusalem, nos buscaban en el desierto para reunirse à nuestra escolta. No conociamos á los árabes del desierto de Jericó mas que por la fama de feroces y ladrones que tienen en toda la Siria, y en el primer momento, estábamos muy dudosos de si venian á nosotros como amigos ó como ene-

migos; pero nada, en su conducta, durante muchos días que pasamos juntos, denotó una mala intencion de su parte. Domados por el terror del nombre de Ibrahim, cuyos emisarios creian ver en nosotros, nos dieron todo lo que puede ofrecer su país, el desierto libre, el agua de sus fuentes y un poco de cebada y de maiz para nuestros caballos. Dí gracias al jeque y á sus amigos por la escolta que venian á ofrecernos; se unieron á nuestra caravana, y corriendo aquí y allá á nuestros costados por los cerrillos de arena, aparecian y desaparecian con la rapidez del viento. Llamóme la atencion uno de sus caballos, admirable por sus formas y su ligereza, que era en el que cabalgaba el hermano del jeque, y encargué á mi dragoman que me le comprara á cualquier precio; pero como semejantes ofertas no pueden hacerse directamente sin una especie de ultrage á la delicadeza del dueño del caballo, se necesitaron muchos días de negociaciones para hacerme posesor de aquel hermoso animal, que destinaba á mi hija, y que le regalé en efecto.

## JERICO.

Al cabo de una hora de camino nos hallamos impensadamente al pié de las murallas de Jericó, de veinte piés de elevacion sobre quince ó veinte de anchura, formadas de fagotes de espinos acumulados unos sobre otros, y dispuestos con admirable industria para cerrar el paso á los ganados y á los hombres, fortificaciones que no se hubieran desmoronado al sonido de la trompeta; pero que la chispa del pastor ó la zorra de Sanson hubieran incendiado. Aquella fortaleza de espinos secos tenia dos ó tres anchas puertas siempre abiertas, y donde sin duda velaban siempre de noche los centinelas árabes. Al pasar delante de aquellas puertas, vimos sobre los anchos techos de algunas chozas de barro, todas las mugeres y los muchachos de la ciudad del desierto, agrupados en las mas pintorescas ac-